

The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal

Volume 4
Issue 1 *Spring-Summer 2013*

Article 6

2013

La gran aldea de Lucio Vicente López como crítica de la Argentina de 1880

Vicente Gomis-Izquierdo
vespinson@yahoo.com

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.georgiasouthern.edu/thecoastalreview>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Gomis-Izquierdo, Vicente (2013) "*La gran aldea* de Lucio Vicente López como crítica de la Argentina de 1880," *The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal*. Vol. 4: Iss. 1, Article 6.

DOI: 10.20429/cr.2013.040107

Available at: <https://digitalcommons.georgiasouthern.edu/thecoastalreview/vol4/iss1/6>

This article is brought to you for free and open access by the Journals at Digital Commons@Georgia Southern. It has been accepted for inclusion in *The Coastal Review: An Online Peer-reviewed Journal* by an authorized administrator of Digital Commons@Georgia Southern. For more information, please contact digitalcommons@georgiasouthern.edu.

La gran aldea de Lucio Vicente López como crítica de la Argentina de 1880

Vicente Gomis-Izquierdo
Indiana University of Pennsylvania
Indiana, PA, USA

Abstract

This paper analyzes the relationship that *La gran aldea* (1884) proposes between the lower-middle classes and the Argentinean process of modernization in order to criticize the lack of progress due to socio-economic factors. The author, a member of the Generation of 1880, shows this criticism in the text in aspects such as education, the mix of social classes, family disintegration, the contrast between Buenos Aires in 1862 and 1882, immigration and the deficient role that the upper classes played in the development of a strong national industry and economy.

Argentina sufrió en el siglo XIX cambios muy profundos a todos los niveles; ese hecho, unido al desarrollo de su capital como núcleo de la vida argentina que la convirtió en el baluarte de la civilización ante la barbarie que suponían las Pampas, hicieron del país de la Plata una de las naciones con más influencia en aspectos tanto políticos como culturales y literarios.

Desde las guerras de independencia, pasó por la dictadura de Rosas (1838-1852), hasta llegar al periodo de “organización nacional” (1852-1880), incluyendo el nombramiento de Buenos Aires como la capital federal en 1880. Ese año da nombre a una importante generación de pensadores involucrados en tareas políticas, literarias y periodísticas a la que pertenece Lucio Vicente López, quien publicó *La gran aldea* en 1884. Este ensayo se centra en el análisis de la relación que la novela plantea entre las clases medias bajas y el proceso de modernización, para mostrar que dicho proceso se vio imposibilitado.¹

Narrada en primera persona, cuenta la vida de Julio desde que se queda huérfano hasta la edad adulta, pasando por sus años escolares y su introducción a la alta sociedad en el Buenos Aires de 1882. Así, el texto cubre dos momentos históricos de Buenos Aires: 1862 y 1882, permitiendo que López critique el proceso modernizador de la época. Esa crítica se centra en la educación, la interacción de clases sociales, la desintegración de la familia y el contraste entre el Buenos Aires de 1862 y el de 1882, la extranjerización de Argentina y la ociosidad y obsesión con las apariencias de las élites argentinas.

El periodo 1862-1884 conoció cuatro legislaturas presidenciales diferentes: Mitre (1862-1868), Sarmiento (1868-1874), Avellaneda (1874-1880) y Julio Argentino Roca (1880-1886), todas ellas con perspectivas diferentes sobre cómo dirigir la nación. Tuvieron en común los planes de modernización y educación, sin el éxito esperado, el enriquecimiento de las élites de Buenos Aires, quienes invertían en bienes inmuebles en lugar de en la industrialización nacional, amén de una excesiva confianza en las inversiones extranjeras, lo cual se les criticó a todos los presidentes.

En este contexto de cambios presidenciales y altibajos económicos se desarrolla *La gran aldea*. Al principio de la novela, Julio, el narrador protagonista, habla de sus orígenes y de su paso a la casa de sus tíos. La descripción de su casa familiar, donde vive con su padre viudo, corresponde a la de una vivienda de clase media baja e incluso la descripción de la vida de su padre es representativa de esa misma clase:

Pobre, sin porvenir, esclavo de un empleo subalterno [...] La monotonía de sus deberes cotidianos [...]; el sueldo periódico que jamás se aumenta ni reproduce; la falta del ideal, de la esperanza, de ese horizonte dorado que persigue toda criatura en el mundo, abatieron las fuerzas de aquel noble pero desgraciado corazón, cuyo fin fue como el de una máquina que estalla y se inutiliza antes de tiempo. (12)

Resulta sintomático que al final del párrafo utilice la metáfora de la máquina que deja de funcionar. Por un lado, la vida de su padre es repetitiva, mostrando que él mismo era una máquina que reiteraba una rutina que no le llevaba a nada y de que vivía en una sociedad mecanizada, opresora del individuo; es decir, nada le servía para progresar. Como representante de la clase media baja, el padre de Julio representa la falta de avance de su clase, lo cual provoca que la nación como un todo unido tampoco progrese. La metáfora de la máquina recuerda a la industrialización que ya para 1862 entraba en América Latina de forma fragmentada. Para 1884, ya había conocido un mayor avance, y el hecho de que el padre de Julio estalle como una máquina simboliza el fracaso de los proyectos de modernización, máxime cuando su corazón, es decir, la máquina que mueve el cuerpo, deja de funcionar.

En distinta situación se encuentra el tío de Julio, Don Ramón: “Mi tío [...] pobre también, se había casado con [Medea], que tenía una fortuna considerable” (12). Don Ramón progresa gracias al matrimonio con Medea, representante en ese Buenos Aires de 1862 de la aristocracia criolla. Tras la muerte de su padre, Julio pasa a vivir con sus tíos en su mansión. Puede entonces presentar su visión de la alta sociedad argentina por medio de su condición de niño criado en un ambiente de clase media baja. Primero, Julio describe la casa familiar de Medea, en la que abunda la decoración antigua y donde “los relojes se paraban” (7). Esto expresa un ambiente y una clase social anacrónicos, anclados en un pasado que no consigue sino que el país retroceda en lugar de avanzar. Esta clase debe ser eliminada para que los relojes vuelvan a funcionar y la nación empiece a conocer el auténtico progreso. Mientras tanto, las clases aristocráticas dominan a las clases medias como Medea domina a Don Ramón, representante de la clase media baja: “Mi tío estaba completamente sometido; [...] mi tío [...] se entregaba por completo, rendido a discreción, y mi tía emprendía la terrible ejecución [...]” (18). En *La gran aldea*, son las clases altas adineradas las que se han convertido casi en dueñas únicas de Buenos Aires, ahogando a las clases bajas e impidiendo el progreso. Esas clases son consideradas elitistas por sus mismos contemporáneos, como explica Shumway. Por otro lado, Don Ramón es un representante de las clases medias; aunque, en su caso, ha logrado cierto ascenso a través del matrimonio con Medea, sigue perteneciendo a esa clase a ojos de su esposa, y ésta lo domina y controla todo lo que puede. Por tanto, y de forma

metafórica, las palabras de Julio significan que una clase dominante minoritaria somete a una clase inferior mayoritaria, impidiendo así que ésta última avance y la nación entendida en términos globales progrese. Además, el lenguaje usado por el narrador con palabras como “rendido” o “ejecución” también recuerda a una batalla, y más específicamente en el contexto que nos ocupa, a las luchas de clase, en las que la clase baja se entrega y la alta sale triunfadora.

Como representante de la rancia aristocracia, a Medea le gusta involucrarse en la política bonaerense del momento y tener tertulias políticas en su salón familiar, a las que acude gente descrita de la siguiente manera:

En el partido de mi tía, es necesario decirlo para ser justo, y sobre todo para ser exacto, figuraba la mayor parte de la burguesía porteña; las familias decentes y pudientes; los apellidos tradicionales, esa especie de nobleza bonaerense pasablemente beótica, sana, iletrada, muda, orgullosa, aburrida, localista, honorable, rica y gorda. (19)

Se trata de la burguesía y aristocracia tradicionales, los estratos conservadores poseedores del dinero, que han heredado parte de su ideología de la época de Rosas a pesar de estar en contra del dictador. Son mudos porque no les interesa un auténtico progreso, están cómodos en su posición y les interesa mantenerla más que promover cualquier tipo de revolución social y progresista. Esto viene ejemplificado por la aparición de personajes como el doctor Trevexo, quien piensa que la juventud porteña: “no sirve para nada” (21).

Además de la juventud, el doctor Trevexo también habla en contra del sufragio universal:

-¿Qué sería de nosotros, señores, el primer partido de la república [...] si entregáramos a las muchedumbres el voto popular? Nosotros somos la clase patricia de este pueblo, nosotros representamos el buen sentido, la experiencia, la fortuna, la gente decente, en una palabra. Fuera de nosotros, es la canalla, la plebe quien impera. Seamos nosotros la cabeza; que el pueblo sea nuestro brazo. [...] nuestra divisa es *Obediencia*; cúmplase nuestra divisa. (29)

Este discurso de Trevexo muestra una ideología antiprogresista que sólo favorece a la clase alta y desprecia al resto. Al mismo tiempo, las diferentes ideas sobre el sufragio circulaban por los núcleos políticos de la época, como explica Elías José Palti al citar al político Marín durante una de las Asambleas provinciales de 1870:

Limitemos el ejercicio de la soberanía a la parte más inteligente y capaz de la provincia o de la ciudad, daremos gran responsabilidad a las mesas receptoras de votos y entonces el resultado de la elección será la manifestación franca y verdadera de la mayoría del país. (12)

La idea de un sufragio controlado y limitado a las clases dirigentes ya estaba en la mente de las cabezas políticas de la época. El texto de López critica esa actitud puesta en boca de un personaje tan ridiculizado como el doctor Trevexo. Si el voto se queda únicamente en unos pocos, representará sólo el interés de esos pocos, y no el de “la verdadera mayoría del país”, con lo que habrá un estancamiento en el progreso del resto. Aunque el sufragio universal era un concepto que en aquel momento y lugar casi nadie consideraba como una opción viable, la idea de un sufragio tan limitado también podía ser contraproducente, y la novela lo representa así en la burla hacia las ideas del doctor Trevexo.

El aspecto con que más se critican y ridiculizan los puntos de vista del doctor Trevexo es la educación. El doctor opina que la educación es completamente inútil:

¡[A la juventud] le da por la historia y por estudiar el derecho constitucional y la economía política en libros! Forman bibliotecas enormes y se indigestan la inteligencia con una erudición inútil [...] ¡Sí, señores, los libros no sirven para nada! [...] Yo no he necesitado jamás libros para saber lo que sé. [...] Los libros no sirven para nada en los pueblos nuevos como el nuestro. (21)

Trevexo niega la importancia de uno de los baluartes de la civilización y el progreso: la educación, igual que había hecho antes con la juventud. La idea de que no se debe recibir la formación de los libros va en contra de una de las mayores preocupaciones de los gobernantes argentinos del periodo: formar a la población como remedio contra la barbarie y como herramienta para alcanzar la modernidad. Además, para hacer explícita la crítica contra el sistema educativo del momento, la narración de Julio lleva al lector a sus años escolares en un colegio de provincia. El profesor no tiene método; simplemente regurgita “una recopilación de hechos y de datos, una enciclopedia de citas y de descripciones” (59). No es una educación práctica que posibilite al individuo el avance y modernización del país.

Ese estado de cosas es una crítica y una llamada a que los gobiernos hicieran su papel en el desarrollo de la educación. La realidad era que para los presidentes del periodo 1862-1882 la educación sí fue un elemento importante a la hora de conseguir el progreso nacional. Para Mitre, según explica Adriana Puiggrós en *Qué pasó en la educación argentina*, la educación era central para formar una clase dirigente; su objetivo era crear una educación secundaria que formara una minoría ilustrada que pudiera gobernar el país y acabar con la barbarie (57). Durante el periodo mitrista existieron dos puntos de vista entre la oligarquía sobre la educación secundaria. Algunos defendían una educación secundaria y universitaria basada en los estudios enciclopédicos y políticos, ya que querían que sus hijos se dedicaran a una profesión política, mientras que otros, sobre todo los estancieros, favorecían una educación con conocimientos más prácticos. Esto se debía a dos formas de entender el futuro: mientras que algunos veían una futura Argentina de estancias que pusieran orden a la anarquía territorialista del país, otros pensaban de forma más progresista y veían una nación moderna e intelectual. En la novela este hecho aparece en las reacciones de

Medea y de Don Ramón ante la educación de Julio. Mientras que Don Ramón pretende que Julio tenga una educación acorde a los medios de que él y Medea disponen, universitaria e intelectualista, Medea aboga porque Julio consiga una educación práctica enfocada hacia un oficio (17). Es decir, cada uno hace lo que corresponde a su posición. Don Ramón está a favor de un tipo de educación que haga de Julio un hombre de provecho, un ciudadano moderno capaz de hacer progresar al país y salir él mismo de su posición de clase media baja; Medea, por su lado, no quiere que la clase a la que pertenecen de nacimiento tanto Julio como su marido salga de donde está. Como representante de la oligarquía le interesa más que Julio entre a formar parte de cualquier profesión y no suba de nivel.

Roberto Follari explica que en 1869 el Censo reveló que sólo el 17.9% de la población sabía escribir (88). Esta situación necesitaba de medidas que hicieran de la educación una herramienta útil para el progreso de la nación. En ese sentido, Sarmiento fue uno de los presidentes que más hizo a favor de la educación, ya que su premisa era que la educación debía de ser para todos, y no sólo para las clases dirigentes. Como menciona Solari, Sarmiento creía en el poder redentor de la educación y en su capacidad de civilizar el país, sacándolo de la barbarie (149). De ahí que favoreciera una educación general e integral que formara a los futuros componentes de la democracia naciente, en la que incluía materias relacionadas con las “letras y humanidades”, “ciencias morales” y “ciencias exactas” (Solari, 145). Sarmiento era de la opinión que la educación era esencial para formar individuos inteligentes y morales que hicieran grande a la nación y la ayudaran a progresar (122-23).² Sarmiento estaba convencido de que la lectura era básica para vivir en una ciudad moderna, ya que existían carteles que los individuos debían poder leer para saber dónde estaban y qué estaba ocurriendo (128).

Sin embargo, todas las buenas intenciones no consiguieron que el plan educacional de estos presidentes estuviera exento de problemas. Como queda dicho, la falta de alumnos en las escuelas era un problema, pero había otros como la falta de libros de texto o la resistencia de los padres a enviar a sus niños al colegio, de ahí la baja asistencia. Además, según apunta Puiggrós, en la segunda mitad del siglo XIX la iglesia católica tenía hegemonía sobre la educación, y los Colegios Nacionales y Escuelas Normales debieron luchar mucho para secularizar la educación. Así, la educación argentina se secularizó en la década de los 80, pero el discurso religioso no desapareció de vista, siguió presente en los libros de texto y el profesorado (Puiggrós, 61-64). Este último hecho también daría sentido a la comparación que hace Julio en la novela entre su colegio y un convento.

La presencia en la novela de ese contexto educativo ayuda a observar, por tanto, que la educación, como parte fundamental del progreso nacional en tanto que formadora de individuos a nivel de ciudadanía y a nivel de instrucción técnica carece del impulso necesario para que tenga éxito. La representación en el texto del fracaso de la escolarización argentina hace que aparezca como un elemento de atraso que impide que la modernización tan deseada llegue a buen puerto según López.

Julio pasa algunos años en el colegio antes de regresar a Buenos Aires convertido en un adulto. A su regreso lo encuentra todo cambiado. Dice que “una nueva generación política y literaria había invadido la tribuna, la prensa y los cargos públicos” (73). Con esta referencia a la generación del 80 hace un guiño a los cambios producidos en Buenos Aires durante sus años escolares. La ciudad porteña ya no es una aldea, sino una gran ciudad europeizada. La moda es europea y también la forma de hablar, en la que “era necesario salpicar la conversación con algunas palabras inglesas, y muchas francesas” (74).

Ha cambiado tanto que Julio dice que: “me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeas, que perdía su tiempo en flanear en las calles, y en el cual ya no reinaban generales predestinados, ni la familia de los Treveño, ni la de los Berrotarán” (74). La ciudad ya no es el centro de operaciones de la aristocracia criolla, ahora reina la burguesía capitalista, centrada en el dinero y que sólo cultiva la cultura de las apariencias. Sin embargo, la ciudad no ha cambiado en cuanto a la corrupción moral y a la falta de interés en el progreso de la nación, que ha sido reemplazado por el interés en su propio bienestar. Con esto, López ofrece un mensaje de continuidad en cuanto a la falta de progreso; la sociedad se ha transformado en una sociedad capitalista, pero las nuevas clases que detentan el poder no tienen interés por el avance nacional; el egoísmo de clase y la obsesión por aparentar siguen presentes por encima del bienestar global.

Ya de regreso Julio entra a trabajar como escribiente en la oficina de Don Eleazar de la Cueva, un importante hombre de negocios. Así se repite el ciclo de mediocridad de la clase media baja. Julio realiza un trabajo similar al que hacía su padre, y que no le da más que para sobrevivir. Han pasado veinte años y no ha habido progreso; su educación no mejora de forma efectiva su posición.

Tras entrar en bancarrota Don Eleazar, Julio deja el trabajo, y en ese momento su compañero de casa y amigo de su padre, Don Benito, decide presentarlo en la alta sociedad porteña a la que él sí pertenece. Así, presenta a Julio en sociedad en un baile de gala del Club del Progreso, del que Julio dice:

Es un baile del Club del Progreso donde pueden estudiarse por etapas treinta años de la vida social de Buenos Aires: allí han hecho sus primeras armas los que hoy son abuelos. La dorada juventud del año 52 fundó ese centro del buen tono, esencialmente *criollo*, que no ha tenido nunca ni la distinción de un club inglés ni el *chic* de uno de los clubs de París. (87)

Como la población del Club, es un lugar de apariencias que ni siquiera consigue lo que pretende; aunque intenta serlo, no es lo suficientemente sofisticado para ser como un club europeo. Julio explica que el Club es un lugar anticuado que sólo vive de apariencias y de su decoración, como los periódicos ingleses y franceses que nadie lee. Se critica a las clases adelantadas, que sólo mantienen su posición sin colaborar al avance general, impidiendo que el país progrese. En ese sentido, el Club sirve como

microcosmos de la nación, en él se encuentran los tipos sociales más perniciosos: no producen nada y tampoco permiten que Argentina avance hacia la modernidad. La descripción que hace Julio del salón lo demuestra: está lleno de gente diferente, pero todos pecan de vanidad (90). La acción social está basada en las apariencias, y el narrador ve, desde su perspectiva de clase media baja, cómo la sociedad elitista ha pasado a ser únicamente un escaparate y no un núcleo de desarrollo.

El progreso, como el club en sí mismo, sólo es aparente, y ejemplo específico es el europeo doctor Montifiori. Se le describe como a un viejo obeso que se perfuma demasiado, tiene demasiadas amantes y hace gala de un europeísmo muy afectado (93-95).

La cultura de las apariencias de la que se queja Julio aparece en la imitación de lo extranjero, sobre todo de lo europeo y especialmente las costumbres inglesas y francesas. Esa obsesión de la élite gobernante por lo extranjero tuvo también un impacto importante en la inmigración. Para empezar, se tenía la intención de promover Argentina en el extranjero, y para ello, según Sáenz Quesada, se instalaron oficinas de reclutamiento en puertos europeos (366). Quesada explica que la población argentina aumentó casi el doble entre 1869 y 1895, gracias a la inmigración europea (388).

No estaba el país exento de pensadores que consideraran que la inmigración debía ser defendida. Así, José Hernández, creador de *Martín Fierro*, observa lo siguiente en un artículo aparecido en el periódico *El Nacional* en 1869³:

Observa *El Nacional* con razón que el desierto es la enfermedad crónica del país, observación que no escapa, efectivamente, a todo el que de cerca examina los fenómenos que se desarrollan a nuestro lado. Advierte en las masas el atraso, las preocupaciones, el retraimiento del trabajo, y les asigna por causa el aislamiento del laborioso extranjero, cuyo ejemplo sería un estímulo, y cuya industria multiplicaría nuestras fuerzas. (295)

Hernández es defensor de la inmigración; piensa que se deben importar extranjeros para que sirvan de ejemplo a las masas que no quieren trabajar. Hernández considera que la inmigración debe ser fomentada, y en el mismo artículo explica que en Europa se piensa que en América hay una tierra de promesas y progreso (296). Pero aún así, incluso Hernández es cauteloso a la hora de llamar a la inmigración para que se convierta en la panacea a los males del país, es decir, el desierto. También dice que “la inmigración sin capital y sin trabajo, es un elemento de desorden, de desquicio, y de atraso. El mal crónico está en el desierto, es verdad, pero se necesita hallar el medio de subsanarlo” (296). La inmigración no es necesariamente mala para el progreso del país si trae el buen ejemplo del trabajo y capital que invertir; de otro modo lo que se encuentra es precisamente lo contrario del progreso.

Por otro lado, la inmigración siguió por unos caminos diferentes a los originalmente imaginados, como explica Zea:

El sueño sarmientino de una emigración que al hacer su propia grandeza hiciera la de la región rioplatense no fue posible. Una fue la emigración destinada a trabajar los campos y cuidar ganado y después dar los obreros de las fábricas, y otra fue la presencia de los grandes consorcios del capitalismo de Europa y los Estados Unidos que enviaron [...] gerentes que se encargasen de obtener el mayor provecho de la región. (92)

Los centros capitalistas que invirtieron en Argentina se enriquecieron, mientras que la propia nación no conoció el progreso esperado de la emigración europea y norteamericana. Las palabras de Zea enfatizan la necesidad de distinguir entre la inmigración europea capitalista que veía en Argentina un lugar para el enriquecimiento y la inmigración compuesta de trabajadores pobres y que provenían principalmente de Italia. Sarmiento deseaba el segundo tipo ya que podría traer a Argentina las costumbres del trabajo duro para alcanzar el progreso nacional; el primer caso es el que trajo la influencia europea en términos de especulación y de obsesión por las apariencias, lo cual no ayudaba a mejorar el país.

La inmigración, por tanto, es también un factor de falta de progreso que se critica en la novela a través de Montifiori, quien personifica todo lo malo que engendra la inmigración en tierras argentinas. Montifiori representa lo peor de la alta sociedad porteña y aquello en lo que ha devenido la nación argentina. Sólo está preocupado por las apariencias y el buen vivir; no tiene ningún tipo de inquietud en cuanto al progreso del país y no invierte más que en sí mismo. Hasta tal punto llega esa tendencia egocéntrica de Montifiori que cuenta la historia de un día que estaba en París acompañado de un príncipe y encontró a un argentino de las provincias en apuros. Montifiori decidió no hacer nada por ayudarlo y el provinciano acabó en la cárcel (96-97). Esta historia es representativa del tipo de sociedad que impera ahora. Montifiori no se digna en ayudar a un argentino sólo porque éste es de las provincias, no tiene tanto dinero o posición como él y además Montifiori mismo va acompañado de un príncipe. Esa falta de solidaridad nacional es otro aspecto que detiene el avance del país. Las clases pudientes no hacen nada por ayudar a las que están por debajo; únicamente se preocupan de su propio bienestar, con lo que no puede existir un auténtico progreso social y nacional.

La anécdota también es importante a la luz de lo que Nicolas Shumway llama "mythology of exclusión." Según Shumway, ese es uno de los factores que llevó al fracaso de Argentina. Propuesto por algunos intelectuales del siglo XIX, consiste en la idea de que la división social existe y que la falta de unión lleva a la creación de una sociedad en la que sus componentes están más interesados en humillarse unos a otros que en comprometerse y progresar (x-xi). Esto es exactamente lo que ocurre en *La gran aldea*. Montifiori prefiere no preocuparse por el bienestar de otro argentino, simplemente se preocupa por su propio beneficio y por quedar bien delante de un príncipe europeo. Esa falta de solidaridad es un factor importante a la hora de impedir el progreso, ya que no se mira por el bienestar general sino por el desahogo particular, por tanto la nación no puede progresar.

La paulatina europeización del país preocupaba a muchos pensadores argentinos, y Shumway resume sus inquietudes. Así, apunta que la obsesión llegó hasta tales extremos que incluso Sarmiento criticó a Urquiza por no hacer las cosas más a lo “europeo” (180-81). Sin embargo, ya en la década de los sesenta, Alberdi había reconocido que la europeización no era la solución, ya que significaría firmar la sentencia de muerte de la nación argentina. Alberdi pensaba que la inmigración no era necesariamente buena si iba a sustituir a la población y las costumbres argentinas (184). Esta tendencia es la que también se critica en la novela de López: la obsesión por la europeización y lo que la oligarquía considera “de moda” y aceptable hace que se deje de lado lo que realmente importa, es decir, la modernización de Argentina desde sus raíces y para sus raíces, la preocupación por los intereses nacionales. De ahí la importancia del episodio de Montifiori en París: se sacrifica a un argentino en favor de un extranjero, con lo que el estancamiento del progreso argentino se acentúa. Junto con esta anécdota, también se critica en la novela la extranjerización nacional por medio de la ridiculización de los personajes que van al Club y que utilizan palabras extranjeras constantemente en detrimento del español.

Por otro lado, autores como Mansilla habían conectado los dos factores de obsesión por las apariencias y obsesión por lo europeo en la incapacidad de la oligarquía gobernante porteña de incluir en los planes nacionales a los auténticos hijos de la Argentina, que para él son los indios (Shumway, 259). Para Mansilla, esa incapacidad también es extensible al resto de clases sociales y no sólo a los indios. El hecho de que esa oligarquía sólo se centre en sí misma, hace que también las clases medias sufran por cuanto sus intereses no son tenidos en cuenta a la hora de crear planes nacionales, y por tanto su progreso, y el de la nación en general, se ve severamente perjudicado. Mansilla va incluso más allá y se atreve a decir que el progreso que consiguen las clases altas porteñas es de hecho antinacional, ya que va en contra de la auténtica identidad argentina. Este hecho puede ser aducido a que los Mansilla tradicionalmente favorecían a las facciones más provincianas, incluso llegando a ser aliados de Rosas y los Federalistas, y desconfiaban de las élites porteñas.

En esa misma línea de pensamiento, según expone Shumway, intelectuales como Guido y Spano o Alvear mantienen que lo que realmente existe tras la fijación de importar modos extranjeros es un complejo de inferioridad: la idea de que Argentina no tiene ningún potencial y no es más que una granja (282). Esta concepción significaría que los planes de progreso nunca van a realizarse por completo y el país nunca conocerá una auténtica modernidad, ya que no se cree en la idea de que pueda llegar a ella; es decir, si los mismos individuos que están encargados de lograr que los planes nacionales para el progreso lleguen a fruición no creen que dichos planes sean factibles ya que consideran que Argentina es inferior y por tanto sólo puede servir como proveedora de materias primas y nunca como productora de manufacturas, la nación nunca podrá progresar porque no existirá el esfuerzo para que ocurra así. Como consecuencia, no solamente las clases medias van a sufrir, sino que con el tiempo incluso la oligarquía se verá abocada a un futuro vacío y exento de pasión por el progreso nacional, como ejemplifica un personaje como Montifiori.

Y dado que, como apunta Althusser, la ideología se transmite en parte a través de la familia, Blanca, la hija de Montifiori, también refleja las malas características de su padre. Es una mujer joven y bella sin más interés que el dinero y la posición social, hasta el punto de decir que “[. . .] jamás, aun amando mucho, me casaría nunca con un hombre pobre” (100). Al igual que su padre, Blanca demuestra un fondo moralmente corrupto. Por otro lado, y como representante de una segunda generación de inmigrantes, Blanca también ejemplifica la tendencia, incluso más marcada que en la primera generación, a no hacer nada por el país. La inmigración, vista desde cualquier punto de vista en la novela de López, es algo negativo que no favorece el crecimiento nacional.

Los deseos de Blanca de encontrar un marido rico se cumplen cuando Medea muere y deja a Don Ramón viudo y con una enorme herencia. La muerte de Medea también explicita la desaparición factual de la generación a la que representa, la aristocracia criolla anticuada con sus valores de superioridad. Spicer-Escalante especifica que el narrador acentúa aspectos de sangre al narrar la muerte de Medea, y en lo que le ocurría a su cuerpo (332), enfatizando que es la clase aristocrática la que desaparece, ya que era la que más se centraba en la importancia de la sangre. Esto, unido a su falta de descendencia, imposibilita reproducir su clase social.

David William Foster también coincide en indicar que la muerte de Medea marca el cambio de los ideales de una generación a otra (99). Esa generación antigua ha dado paso a una que se interesa en el dinero como marcador de clase y en el mantener las apariencias a pesar de todo. Eso piensan los Montifiori al ver una gran oportunidad en el nuevo estado civil de Don Ramón y decidir que Blanca se case con él. De esta forma metafórica se unen dos clases diferentes y dos momentos históricos diferentes. Don Ramón pasa a formar parte de la nueva clase dirigente, y Blanca hereda el dinero viejo de Medea. Spicer-Escalante también apunta que esa boda logra al mismo tiempo unir a un representante del criollismo argentino con una representante de una cultura más eurocéntrica, consiguiendo así que se mezclen ambos lados del espectro (336). El hecho es que todo queda en las manos de las clases dirigentes, sea cual sea el periodo al que pertenecen, y las clases bajas no avanzan. El dinero se mueve siempre en los mismos círculos, con lo que el progreso efectivo de la nación queda imposibilitado.

Tras la unión de Blanca y Don Ramón, la casa familiar de Medea se convierte en el nuevo centro social de Buenos Aires. Medea tenía tertulias políticas en 1862 y Blanca tiene tertulias sociales en 1882, y al igual que Julio criticaba a los contertulianos de Medea, también critica a los que asisten a las de Blanca. Son personajes que hacen excesiva vida social y los describe como parásitos que arruinan al anfitrión; son animales ociosos (134-35). Si los contertulios de Medea no eran útiles al progreso porque no tenían ideas modernas que hicieran que el país avanzara, los de Blanca son igualmente inútiles porque sólo consumen sin producir nada y sin mostrar interés en el futuro nacional. Blanca misma es descrita como una persona caprichosa, interesada en comprar vestidos y joyas para los bailes de Buenos Aires (136-37). Tanto es así que

empieza a dilapidar la fortuna de Don Ramón debido a su tren de vida, e incluso se habla de tener que tomar hipotecas (140-41). Esto demuestra que ese estilo de vida, lejos de producir un progreso, no consigue más que la pérdida de lo que se tiene, es decir, deviene en un retroceso que no beneficia a la nación.

Ese estilo de vida deviene en un retroceso que no beneficia a la nación. Con ello, se critica la falta de inversión en la modernización de Argentina y el despilfarro de las clases adineradas. Incluso escritores de la época hablan del ocio como un vicio a erradicar. Félix Frías opina que la ociosidad es la madre de todos los vicios y sólo crea fallas morales (43-44). Esto se ve en la clase burguesa de Buenos Aires --la ociosidad les lleva a perder los valores, y por tanto a no tener interés en el futuro de la nación.

Por su lado, José Manuel Estrada afirma que “la riqueza de cualquier manera que sea aglomerada imprime fuerza a las naciones y les da brillo. Mal distribuida, no obstante, genera conflictos, precipita inmoralidades y enciende discordias” (450). La novela critica la acumulación de riqueza mal distribuida. Son siempre las mismas clases adineradas las que acumulan, mientras que las clases medias se quedan sin nada y por tanto no puede existir un auténtico progreso. Por otro lado, la acumulación de riquezas también hace que aparezcan la inmoralidad y el despilfarro, como prueba la vida de Blanca, con lo que el dinero no se invierte en lo que es necesario para el progreso nacional, sino en el entretenimiento de la oligarquía.

Por otro lado, Don Ramón y Blanca tienen una niña de la que Blanca se aburre, prefiere su vida social a la familiar. A pesar de la reproducción, los hijos no suponen un futuro, ya que la niña muere al final de la novela cuando la casa se incendia por accidente. Esa muerte, unida al hecho mismo del incendio de la casa que representa a las élites tradicionales porteñas, significa la destrucción total de esa oligarquía rancia que no aportaba nada al progreso nacional. Se destruye el presente y el pasado mediante el incendio, y el futuro mediante la muerte de la niña, quien tampoco representa una herencia sólida para la sociedad de la época al no ser un hijo varón que garantice la continuidad de la clase.

Spicer-Escalante explica que la familia y la reproducción deberían servir para crear un proyecto de nación unida que se preocupara por el progreso social, económico y político, pero en realidad crean la idea de desunión, de que no es posible reconciliar clases e ideas (328).

En ese sentido y con relación a la familia, Estrada se encarga de argumentar que

todo podrá desmoronarse zapado por el materialismo revolucionario, menos la familia, mientras en su seno padres o madres sean capaces de inmolarse por sus hijos. [...] La familia no es tan sólo un fragmento de la masa social: es un órgano de la estructura fisiológica y viva de esta entidad, es un núcleo de gobierno: el asiento y el teatro de la patria potestad. (450-51).

Esta tendencia, de pensar que la familia es el núcleo de todo y que tiene incluso carácter divino, se ve revertida en *La gran aldea* por Blanca. No solamente es incapaz de mantener unida a su familia, sino que tampoco es capaz de impedir la muerte de su hija, y con eso López critica la desintegración que se daba en las familias y que impedía a este núcleo avanzar y desarrollarse para conseguir que el progreso nacional fuera algo posible.

La gran aldea, por tanto, critica los elementos que impedían el progreso argentino. Se critica la actitud de la oligarquía porteña a través de los ojos de un huérfano perteneciente a la clase media baja, tanto en el periodo mitrista de 1862 como en el de Roca de 1882. Esa clase alta sólo se preocupa de su propio interés, sin tener en cuenta al resto de la nación; y su énfasis en las costumbres extranjeras colabora al abandono de lo autóctono argentino, de lo que realmente hará que el país avance.

Las clases altas acaparan todo y las clases medias bajas no tienen espacio para maniobrar y sobrevivir, haciendo que la nación entendida como un todo no consiga alcanzar la modernidad. Spicer-Escalante destaca que López parece afirmar que Argentina no tiene futuro, ya que todos los representantes de las diferentes clases acaban mal parados o suponen elementos perniciosos para el progreso de la nación y por eso aparecen fuertemente criticados (342). *La gran aldea* ofrece una visión negativa de las élites de 1862 y de las de 1882. Las últimas han sustituido a las primeras, pero en esa sustitución no se ha encontrado traducción a la aptitud necesaria para conseguir el progreso nacional. Las clases dirigentes de 1882 no son mejores que las de 1862, arrastrando con ellas a toda la sociedad, y eso provoca la falta de progreso y el consiguiente estancamiento de Argentina.

Notas

1. Es necesario aclarar la distinción entre “modernidad” y “modernización”. Jo Labanyi y Helen Graham explican que:

It was capital-driven modernization which produced both modernity and modernism: modernity understood as the condition of life subjectively experienced as a consequence of the changes wrought by modernization, and modernism as an artistic/cultural response ... to that subjective experience. (11)

La diferencia se encuentra en que la modernidad es un concepto mental, abstracto; mientras que la modernización es el proceso sociopolítico y económico materializado en aspectos como la industria, el ferrocarril o el telégrafo y que lleva a su realización.

2. Es conocido que Sarmiento viajó por Estados Unidos, donde conoció a los educadores Horace y Mary Mann. Estos viajes influenciaron sus perspectivas sobre la educación en particular y sobre la modernidad en general.

3. Los discursos de los intelectuales contemporáneos de López se extrajeron de la recopilación de Tulio Halperín Donghi mencionada en la bibliografía. Se ofrecen las fechas de dichos discursos cuando son conocidas.

Obras Citadas

- Althusser, Louis. "Ideology and Ideological State Apparatuses". *Critical Theory Since 1965*. Eds. Hazards Adams and Leroy Searle. Tallahassee: Florida State UP, 1986. 127-86. Print.
- Blasi, Alberto. "La gran aldea y su contexto histórico: de la ciudad aristocrática a la metrópolis." *Río de la Plata: Culturas* 11-12 (1991): 167-76. Print.
- Foster, David William. *The Argentine Generation of 1880. Ideology and Cultural Texts*. Columbia: U of Missouri P, 1990. Print.
- - -. "La gran aldea as ideological document." *Hispanic Review* 56.1 (1988): 73-87. Print.
- Halperín Donghi, Tulio, ed. *Proyecto y construcción de una nación. (Argentina 1846-1880)*. Caracas: Ayacucho, 1980. Print.
- Jonson, John. *Political Change in Latin America. The Emergence of the Middle Sectors*. Stanford: Stanford UP, 1965. Print.
- Labanyi, Jo y Helen Graham, *Spanish Cultural Studies. An Introduction*. Oxford: Oxford UP, 1995. Print.
- López, Lucio Vicente. *La gran aldea*. Buenos Aires: Sopena, 1941. Print.
- Palti, Elías José. "Orden político y ciudadanía. Problemas y debates en el liberalismo argentino en el siglo XIX." *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 5.2 (1994): 1-31. Web. 20 Jul. 2005. Print.
- Puiggrós, Adriana. *Qué pasó en la educación argentina. Desde la conquista hasta el menemismo*. Buenos Aires: Kapelusz, 1996. Print.

- Sáenz Quesada, María. *La Argentina: historia del país y de su gente*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2001. Print.
- Shumway, Nicolas. *The Invention of Argentina*. Berkeley: U of California P, 1991. Print.
- Solari, Manuel. *Historia de la educación argentina*. Buenos Aires: Paidós, 1984. Print.
- Solodkow, David. "Racismo y nación: conflictos y (des)armonías identitarias en el proyecto nacional sarmientino." *Decimonónica* 2.1 (2005): 95-121. Web. Oct. 2006.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: U of California P, 1991. Print.
- Spicer-Escalante, Juan Pablo. "La Argentina decimonónica: la reproducción, los valores sociales y el proyecto de nación en *La gran aldea* (1884) de Lucio Vicente López." *Excavatio: Emile Zola and Naturalism* 16.1-2 (2002): 326-42. Print.
- Zea, Leopoldo. "El proyecto de Sarmiento y su vigencia." *Cuadernos americanos* 3.13 (1989): 85- 96. Print.